



CIENTÍFICO-LITERARIA
 AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,

D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,

D. Enrique Segura.		D. José Fola Iguabide.
D. Cayetano Iluguet.		D. Fernando Sasset.
D. Bernardino Montiel.		D. Carlos Llinás.
D. Enrique Szalas.		

— AÑO V. — Castellón 27 Diciembre de 1885. — NÚM. 48. —

SUMARIO. Los jesuitas en la historia, por «Casto Azallana».—Índice.—Cubiertas y anuncios.

LOS JESUITAS EN LA HISTORIA

DESDE su fundación hasta nuestros días no ha habido instituto religioso que haya sido objeto de tantas censuras como la Compañía de Jesús, no solo por parte de los políticos y los gobiernos, sino hasta el clero y los mismos pontífices: censuras que, si bien no han sido constantes por parte de estos últimos porque en más de una ocasión han buscado su influencia en el apoyo de los jesuitas que á su vez ensalzaban la autoridad de la Santa Sede cuando ésta favorecía sus pretensiones, son, sin embargo, un digno precedente para probar que no siempre han respondido al objeto principal de su institución, ni han sido los hábiles y vigorosos remeros de la barca de Pedro, sino una milicia insubordinada contra la autoridad del Papa y los gobiernos, justificándose de este modo la animadversión pública que contra ellos lanza constantemente los anatemas de la ambición y la hipocresía.

Todo lo han sido, ménos instituto religioso, todo lo han hecho, ménos obedecer al Papa, y todo, en fin, hasta la religion,

lo han sacrificado á sus intereses personales. Sus individuos, intrigantes, audaces, turbulentos y ambiciosos se introducen en los estados y en las familias, por todos los medios que siempre han tenido en su mano para sobornar la ignorancia y explotarla en su favor, sembrando por todas partes la cizaña, el escándalo y el desorden, alimentando el odio de los partidos, fraguando constantes conspiraciones, encendiendo la guerra civil y minando sistemáticamente todos los poderes constituidos. Nunca fué su misión desinteresada, jamás fué leal su obediencia y siempre fué constante su hipocresía, pues si alguna vez han mostrado aparente moderación en sus ambiciones, fué porque se vieron obligados á ceder ante la opinion pública, que los repriminaba, y ante la firmeza de los poderes públicos, que descubrian sus ocultas maquinaciones. Así que apenas han llegado á dominar con su astucia en las esferas gubernamentales, cuando se han considerado fuertes y poderosos, no para la contienda, sino para ejercer su iniduo despotismo. Convirtiendo la religion en instrumento de venganza, hánse lanzado sobre sus enemigos con todo el furor de su des-

pecho, y, olvidando la caridad cristiana, los han castigado con injustas y sangrientas represalias. Los horrores de la Liga, los crímenes de la jornada de San Bartolomé, el encono de la guerra de los treinta años, sus violencias por la revocacion del Edicto de Nantes y sus constantes agitaciones en Inglaterra, Francia, Escocia y los Países Bajos, son otras tantas páginas con que la historia nos muestra la saña que han desplegado.

Acérrimos defensores de los gobiernos despóticos y eternos enemigos del progreso por conveniencia, no hay libertad que no hayan atacado, ni tiranía que no hayan defendido. No han perdonado medio alguno para satisfacer la ceguedad de su ambición. Han hablado todos los idiomas, seducido á la juventud en sus escuelas, halagado todos los poderes, ejercido el comercio fundando establecimientos en todas partes, inspirado á reyes devotos las más crueles medidas, favorecido las contrarrevoluciones, abusado impunemente del púlpito y del confesonario, esparcido perniciosas máximas, falsificado hasta sus mismas creencias, haciéndose mandarines en China, talapuinios en Siam, musulmanes en Constantinopla, protestantes en Suiza, y, adoptando así todas las máscaras por su astucia y exclusiva conveniencia, muestran siempre sumisos hasta el servilismo para con los grandes y poderosos, y tiranos é insolentes para con los pequeños, los ignorantes y los oprimidos.

Siempre, como dice un escritor, la religion trocaron en política. ¡Y qué política! dice otro: el espionaje, la delacion, la proscripción, la persecucion, la guerra civil. En Alemania se oponen á toda alianza entre los partidos y dirigen sus escritos contra el Interin de Angsburgo. En Inglaterra conspiran cinco veces contra Isabel. En 1560 son condenados en la India como espías de Portugal y en 1631 arrojados del Japon por haberlo sublevado. En 1618 insurreccionan la Bohemia, en 1619 la Moravia, y en 1606 turban de tal modo la República de Venecia, que el senado los desterró para siempre, no tanto por las injurias y atroces difamaciones que predicaron contra la República, como por haber puesto todos sus medios para sublevar al pueblo. Estos abusos inconcebibles en un instituto religioso, el deseo de los príncipes de entrar en la vida de las reformas, su insurreccion en el Paraguay, la escan-

dalosa bancarrota del P. Lavalette y sus ataques reiterados contra la seguridad del Estado, sacrificando de continuo la moral, los derechos del pueblo, la justicia y la razon, hicieron estallar contra ellos tal odio é indignacion, que los gobiernos no titubearon en secundar la opinion pública, arrojándolos de sus respectivos países, siendo de notar que en aquellos donde más abusaron de su influencia, la indignacion fué mayor y su caída más rápida. Los hechos lo prueban de una manera incontrastable. En el siglo xvi fueron expulsados de Inglaterra, Francia, Portugal, Japon, Hungría, Transilvania, Viena, Amberes, Segovia, Zaragoza y la Valtelina. En el siglo xvii expulsados otras dos veces de Inglaterra, de Venecia otras dos, de Nápoles Países Bajos, Rusia, Bohemia, Moravia, Malta, India, China y Japon. En el siglo xviii de Saboya, Portugal, España, Dos Sicilias, Parma y Malta. Y por último, la misma Santa Sede, sancionando el proceder de la autoridad civil y de la opinion universal, suprime la Compañía de Jesús por un Breve de Clemente XIV el 21 de Julio de 1773, porque ya no correspondia al objeto de su institucion, habia suscitado innumerables quejas contra sí misma mezclándose en los negocios políticos y provocado grandes discordias.

Claro es que para los jesuitas este acto se debe á la debilidad del Papa, que cediendo al espíritu de su tiempo y por cumplir los compromisos contraidos con las Cortes borbónicas para hacerse elegir Papa, sacrificó injustamente el instituto religioso más irreprochable, el verdadero baluarte de la unidad católica y la más esforzada milicia del cristianismo, entregándola traidoramente á merced de los enemigos de la religion, y atacando así de un modo directo los derechos, las libertades y prerogativas inalienables de la Iglesia y el Papado. Mas esto mismo prueba la parcialidad de sus escritores, el egoísmo y falta de sumision y respeto que siempre han tenido para todo poder que ha osado cortar sus ambiciosos proyectos, rebeldía que es tanto más incalificable para con el Papa, cuanto que se trata de un instituto religioso, cuyo voto distintivo es la obediencia sumisa á la Santa Sede, y, lejos de acatar la disposicion pontificia, niéganse á disolverse en algunas partes como en Prusia y Rusia, muestran por despecho ante el mundo entero el escándalo del cónclave

donde Ganganelli fué elegido, tratante de simoníaco y traidor, y lanzando contra él las más violentas censuras, dan el triste espectáculo de deshonrar inhumanamente la memoria de uno de los más dignos pontífices.

Allá se las entiendan sus escritores para probar quién tuvo razon, si Clemente XIV al suprimir la Compañía de Jesús en 1773, ó Pío VII al restablecerla en 1814, si la tuvieron ambos, si no la tuvo ninguno ó si por el contrario estuvo siempre de parte de los jesuitas. De todos modos, cualquiera que sea la solucion, siempre resulta que unos ú otros, indistintamente, vienen á sufrir las censuras finales de la contienda. A nosotros nos basta indicar que, no queriendo Clemente XIV sacrificar la Iglesia á religiosos que miraba como intrigantes y ambiciosos, y viendo que su obstinacion en sostenerlos le hubiera acarreado su propia perdicion, suprimió esa milicia turbulenta y peligrosa dando una prueba de habilidad, de buen sentido y de gran tacto político.

Ya Melchor Cano en 1545 denunciaba á los jesuitas como una peste pública en sus conversaciones, sus conferencias particulares y sus sermones públicos, creyéndose obligado en conciencia á advertirlo á los pueblos para que no se dejasen seducir por ellos. «Si se deja, decia, marchar á los miembros de esta sociedad de la misma manera como han comenzado, llegará un tiempo en que los soberanos querrán oponerse á ello y no lo podrán.» Más tarde, Francisco de Borja, tercer general de la orden, en las circulares dirigidas á los miembros de la Compañía, en que condenaba con mucha energía su inmiscucion en los negocios políticos, les decia: «Llegará un tiempo en que no pondreis ya límites á vuestro orgullo y á vuestra ambicion; en que no os ocupareis mas que de acumular riquezas y exaltar vuestro crédito; en que olvidareis la práctica de las virtudes: entonces no habrá poder sobre la tierra que pueda volveros á vuestra primera perfeccion, y si es posible destruiros, se os destruirá.» Como se vé, los jesuitas no tardaron en justificar ambas profecías.

Respecto á su sumision y obediencia en la esfera religiosa, dicen los historiadores eclesiásticos que, habiendo atacado el protestantismo el centro de unidad de la Iglesia y pretendido derribar al Papa, y habiendo los protestantes llevado la libertad

hasta la licencia y procedido casi siempre con pasion y obrado sin reflexion ni prudencia, los jesuitas hacian por lo mismo un deber suyo al adherirse firmísimamente á la Santa Sede imponiéndose la obediencia más absoluta, hasta el punto de sacrificar la voluntad del individuo á los intereses de la sociedad, y de aquí que, guiados por una elevada y religiosa inspiracion y maravillosamente unidos entre sí, obraron siempre con la más consumada prudencia y la prevision más reflexiva. Este seria quizá el espíritu de la Compañía, cuando Paulo III la aprobó en 1540, esa fué tal vez la intencion de sus fundadores, mas los hechos posteriores vienen á demostrar todo lo contrario.

Jamás tuvo la Iglesia mayores y más constantes perturbadores, ni el Papa súbditos más insolentes y rebeldes, ni nadie ha incurrido con más frecuencia en las censuras de la Iglesia, ni nadie como ellos las han despreciado y desobedecido. Guiados siempre, sin duda, por esa elevada y religiosa inspiracion y unidos maravillosamente entre sí, todo efectivamente lo han sacrificado en beneficio de los bastardos intereses de la Compañía, saltando sin escrúpulo por encima de todas las censuras que los papas, los obispos, el clero, las ordenes religiosas, las universidades y facultades de teología, les han lanzado por sus doctrinas sobre el dogma, la moral y la disciplina. En 1640, el clero francés se quejaba de los jesuitas, «que tendian ménos á corregir los pecados que á hacerlos cometer.» Condena su teología porque conduce las almas al libertinaje y á la corrupcion de las buenas costumbres, violando la equidad natural y el derecho de gentes, excusando las blasfemias, usuras, simonias y otros varios pecados de los más enormes..... En la asamblea de 1655, el clero reitera sus quejas y los obispos hacen ver «el estado deplorable en que los jesuitas han puesto sus diócesis con sus doctrinas, que han alterado de tal modo la moral cristiana y las máximas del evangelio, que hubiera sido más preferible una profunda ignorancia que no su ciencia, que enseña á tener todas las cosas como problemáticas y á buscar medios, no para exterminar los malos hábitos, sino para justificarlos.» El arzobispo de Sens las reprocha porque aprueban las máximas epicúreas, «las opiniones más detestables respecto al homicidio, la calumnia, los robos

domésticos, la corrupcion de jueces, etc.» El obispo de Nevers dice que su doctrina puede llamarse «el nuevo Testamento de la carne y la concupiscencia; que favorece los excesos más vergonzosos del Alcoran de los turcos, abriendo la puerta á todo género de desarreglos y libertinajes, apagando la luz de la fé y de la misma razon; escandalosa para la Iglesia, perniciosa para los estados, abominable ante Dios y que debe ser execrada por todos los hombres.» Pero á los jesuitas les han importado muy poco estas censuras, y lejos de retirar de las manos de los fieles los libros cuyas doctrinas eran condenadas, han hecho, por el contrario, sus mayores elogios, publicándolos con más empeño, repartiéndolos por todas partes, inundando con ellos las casas religiosas, multiplicando sus ediciones, traduciéndolos á todos los idiomas para infestar á todos los estados católicos, y tratando de envidiosos, prevenidos, ignorantes y sospechosos á la fé á todos los que se declaraban en su contra. Y desgraciado del que llevado de su celo por la Iglesia se haya atrevido á combatir su ambicion y su doctrina, porque bien pronto ha tenido que sufrir los efectos de su colérico resentimiento. En España han perseguido al arzobispo de Toledo y Zaragoza; en Inglaterra al obispo de Calcedonia; en los Países Bajos al arzobispo de Malinas y al obispo de Gante; en las Islas Filipinas al arzobispo de Manila; en el Perú al arzobispo de Santa Fé; en el Paraguay al obispo de este pais y á varios vicarios apostólicos, á quienes han aprisionado y torturado por haber rehusado el servir de instrumentos al escandaloso comercio de los miembros de la Compañía.

Los papas han sido tan mal tratados como los obispos. Han resistido á Paulo IV sobre la trienalidad del generalato; á Clemente VIII sobre la reforma de su instituto, han amenazado á Paulo V, para intimidarle y forzarle á suspender la publicacion de las decisiones de la congregacion *De Auxiliis*, se han burlado de las reiteradas prohibiciones que Urbano VIII, Clemente IX, Clemente X y Clemente XI dirigian á los misioneros para que no continuaran su comercio, y por último, en la cuestion de los ritos chinos han desobedecido resueltamente los decretos de Urbano VIII, Inocencio X, Clemente IX, Clemente X, Inocencio XII, Clemente XII y Benedicto XIV.

Estas son las pruebas de adhesion y res-

peto que al Papa han dado los miembros del instituto religioso creado enfrente del protestantismo, con el preferente objeto de que, prestando la obediencia más sumisa, estuvieran siempre dispuestos al primer llamamiento de la Santa Sede. En cambio, cuando los papas han sido sus esclavos, han exaltado su poder, robustecido su autoridad, declarándoles infalibles, y como dueños absolutos de la situacion, han perseguido y maltratado á todo el que se oponia á sus tiránicas medidas. ¿Por qué esa manifiesta rebeldía? ¿por qué esta hipócrita obediencia? ¿por qué tan frecuentes alternativas? Porque la religion no ha sido para ellos mas que instrumento de sus ambiciones.

En efecto, se ha probado que los jesuitas, contrariando los cánones de la Iglesia, se han hecho negociantes, dedicándose á todo género de tráficos y procurando ensanchar su comercio atrayendo á los indios y los chinos, para lo cual han fabricado un sistema que les permitia ser cristianos sin dejar de ser idólatras, desobedeciendo en este punto cuantas bulas, decretos letras apostólicas les ha dirigido la Santa Sede. Claro es que para ellos estas afirmaciones son mentiras intencionadas, imputaciones ridículas, calumnias absurdas, invenciones malignas de los enemigos de la religion y compañía, etc., etc. ¿Mas hay álguien que al atacarlos no haya sido al punto blanco de todas sus iras? ¿Ha sido posible entablar discusion sin que la hayan recrudecido agotando contra el adversario los más violentos é irritantes calificativos? ¿quién se ha atrevido á criticarlos sin pasar por un hereje y sufrir los más injustos anatemas? Jamás confesaron ni confesarán sus propias faltas, y aun así pretenden con descaro todavía que nadie les censure, invocando constantemente la religion como medio de defensa y convirtiendo con malicia en ataques á aquélla lo que tan solo es justa recriminacion de su indigno y bastardo proceder. ¿Cómo ha de ser, pues, verdad, lo que tan directamente les lastima? ¿Cómo han de confesar ni una sola palabra de lo que más les pone en ridículo? Inútil fuera para probarlo citar textos y autoridades que pudieran parecerles sospechosas. Mas la historia, que no guarda ningun género de contemplacionss, nos muestra con toda claridad esos deslices en su propio terreno. CASTO AZALLANA.

(CONCLUIRÁ.)

ÍNDICE

	Págs.		Págs.
ALEGRE, Catalino.—Riegos del Mi- jares.	25 y 33	EL DOCTOR Pésimo.—La vanidad de todo.	54
ALBURQUERQUE, José.—La mañana y la tarde (poesía).	198	» El tiempo.	252
ALAS, Domingo.—Pensamientos.	38	E. DE N., Y.—Fabricacion del almi- don de maiz.	230
AMELAY, Bruno.—Los insectos.	186	ESCODÉ BARTOLI, M.—La poesía de la ciencia.	339
ARTAL, José.—Historia sencilla (poe- sía).	114	EL INDEPENDIENTE.—El inventor de la pólvora.	351
» Soledad (poesía).	180	FUENTES CASTRO, Paulino.—Definicio- nes, símiles y perfiles.	126 y 141
» Improvisacion (poesía).	228	FERRER, Nicolás.—El padre Vicente Comas.	129
ALTAMIRA, R.—De la enseñanza de la literatura.	122	FERNANDEZ FERRANDO, Adolfo.—Jun- to al lecho de muerte.	132
» Los santos padres Alejan- drinos.—San Clemente.	181	FARRÉ Y CARRIÓ, Ignacio.—Cuestion gramatical (Armonia ó Harmonia).	226
» Funciones de la sociedad en el cumplimiento de su fin científico.	238 y 243	FRIAS FONTANILLES, Isidro.—Lo que debe ser la mujer.	285
ABARCA, Guilmain.—Memento Homo	313	FRANCOS RODRIGUEZ, J.—Los indife- rentes.	305
ARRIERO MANJOU, José.—La fuerza del progreso como torrente de luz.	330	FUENTE RUIZ, Francisco de la.—La libertad humana.	348
AZALLANA, Casto.—Los jesuitas en la historia.	377	FOLA IGURBIDE, José.—Tus ojos (poe- sía).	28
BALBAS, J. A.—Castellon en 1884.	2 y 9	» El Quijote de Cervantes (poesía)	99
BEL, Martin.—Lo inevitable.	298	» El Castellonero.	145 y 165
BLASCO IBAÑEZ, V.—La sombra de D. ^a Juana (cuento).	60	» La fuerza del consonante.	169
» Principal y buhardilla.	190 y 198	» El rayo providencial.	210
» Nocturno.	220	» La piedra de toque.	217
» Las últimas notas.	317	» El ciego por voluntad (poesía)	284
» La capa.	338	» Una hojeada al taller de un artista	291
» El corto de vista.	356	GALLEGOS, R.—Los esponsales de un ángel.	123
» Dos cartas.	375	GARCIA LLANSO, A.—Necesidad de la educacion.	250
BLANCO, Ramiro.—La mujer en Sa- turno.	51	GUELL Y RENTÉ, José.—Meditacion (poesía).	253
CORONADO, Vicente.—Los dos pesa- res (poesía).	279	GARCIA BRAVO, Magdalena.—El ho- gar paterno (poesía).	253
CASTELAR, Emilio.—Victor Hugo.	138	GONZALEZ, R. J. I.—La adulacion.	298
CAJAL, Federico.—El sonido.	194	GARCIA RAMON, L.—Un viajero.	331
CERVANTES.—Caridad y justicia.	324	GARCIA ALVAREZ, M.—Eloisa.	333 y 342
DELLMANN, J.—El Carnaval y la Cua- resma.	35	GIRONI, Gabriel.—El industrialismo.	346
DIAZ BENJUMEA, Nicolás.—Español hasta los huesos.	276		
DIAZ TRABADO, Rufino.—Los abonos.	271		

	Págs.		Págs.
GASSET, Fernando.—El mentiroso de sí mismo.	17	MARTINEZ MEDINA, José.—Mi anhelo (poesía).	123
» Sobre chifladuras no hay....	53	» Rimas.	168
» El castellonero.	154	» Ella (poesía).	189
» Carreteras.. . . .	289	MESEGUER GÓNELLI, Manuel.—Honor á la pátria (poesía).	275
GARCIA BRAVO, Enrique.—En el aniversario de la muerte de Cervantes. (Fragmento).	101	MAESTRO GARCIA, Manuel.—La ciencia y la ignorancia.	267
GIMENO LAPLACE, M.—A... (poesía).	93	MONTEMAR, Gaston.—Tener novia.	330
» A... (poesía).	106	M.—Observaciones.	333
» (poesía).	133	MONCADA, Belisario.—La mujer celosa	140
» Consecuencias de una muerte.	148, 156, 172, 179 y 195	MUSEROS, Tomás.—La golondrina.	85
» ¿Oyes? (poesía).	168	» Los microbios.	218
» Rimas.	175	MARTÍ GRAJALES, Francisco.—Artistas valencianos. (D. Fernando Richard Montesinos).	106
» La verdad (poesía).. . . .	188	M. L.—El juego.	193
» Martin Lutero.	228, 255 y 258	MONTEIL, Bernardino.—La propiedad y su desigualdad.	41
» Lloro (poesía).	278	» D. Ramon de Campoamor.	65
» Rima.	287	» Una cuestion de interés vinícola.	81
» Tres fechas (poesía).	293	» Cervantes.	100
» Historia.	348 y 367	» En el album de la señorita D. ^a Clementina Maifreu.	168
HIDALGO TABLADA, F.—Dificultades de la vida del agricultor.	89	» Progreso intelectual.	186
K.—Triste visita (poesía).	188	M. F. P.—De la democracia. (Su enseñanza).	356
LARROSA, Dolores.—La mujer y el hogar.	38	MARIA DE LA TORRE, José.—La vida. (poesía).	148
LETAMENDI, José.—Caridad y egoismo	225	» A Marina (poesía).	310
LASALA, Manuel.—Fragilidad de la vida (poesía).. . . .	45	» Dia completo.	312
LAPESA, Rafael.—La mujer y sus actuales extravíos.	133	» De guardia.	320
LABAILA, Jacinto.—.... (poesía).	216	» A Schubert (poesía).	325
» La dicha (poesía).	220	» La reina y la joya (poesía).	333
» La lengua.	233	NEBOT, José.—¡Dios iræ! (poesía).	20
LEYVA Y VIZCARRO, N.—La sangre.	45	» A D. Quijote (poesía).. . . .	102
» La noche de difuntos.	69	NADIE.—Número infinito. — Extension infinita.	254
» Brisas primaverales.	114	NAVARRO MURILLO, Manuel.—El libre-pensamiento.	370
» El cumpleaños.	188	NOMEN.—La mujer caída.	59
» Pensamiento de otro (poesía).	216	» Arte de ser feliz.	93
» Aire (artículo de verano).	223	» Notas é impresiones.	184, 216, 264 y 288
» A muertos y á idos.	237	ORTEGA DE GOMEZ, Avelina.—Combatir el mal.	321
» Un amor pasado por agua.	261 y 268	PARRAL, Luis.—Breves ideas sobre terremotos y volcanes	6, 13, 19, 27, 35, 43, 49, 56, 67, 75, 83, 91 y 102
» Loritos sociales.	292	» Una opinion.	171
» Las botas.	326	P. O.—La embriaguez.. . . .	211
» Una medianía.. . . .	358	PUIGVENTÓS, J.—La extraviada.	265
» En las orillas del mar (poesía)	374	PINHEIRO CHAGAS —¡Consumatum est!	73
LLOMBART, Constantino.—Tierra (soneto).	222	PICON FEBRES, Gonzalo.—Nueva primavera (poesía).	86
» Infraganti (poesía).	237	P. G. DE O.—Despedida (poesía).	69
LLINÁS, Carlos.—A una niña tímida (poesía).	28	P. M. P.—La ley del trabajo.	281
» Bien por mal (poesía).	37		
» A la luna (poesía).	157		
» No sé por qué (poesía).	174		
» A un galan desdeñado.	196		
» Melodía (poesía).	216		
» Historia íntima (poesía).	299		

	Págs.		Págs.
REDACCION.—A nuestros lectores. . .	1	SALINAS, G.—Discurso en el casino de Artesanos. . .	362
» La lluvia de estrellas. . .	369	SOLÍS, Prudencio.—Conténtate con tu suerte. . .	222
» La edad de Júpiter. . .	127	» La vida y el tamaño de los vegetales. . .	236
» Frases. . .	232	» La moda. . .	259
» Nuestra manifestacion antialemana. . .	253	» Fábulas, apólogos y parábolas. . .	241
» D. Apolinar Fola. . .	242	» El espejo del alma. . .	251
» Convocatoria. . .	249	SETIER, A.—El baccillus vírgula de Koch y el Peronóspora Ferran. . .	214
» La electricidad aplicada á la agricultura. . .	304	SANMARTIN Y AGUIRRE, J. F.—Mujeres, aves y flores (poesía). . .	54
» Consejos á los agricultores. . .	316	SEGADE CAMPOAMOR, R.—Los dos criterios. . .	274
» Pensamientos. . .	328	SALVAT, J.—Una suposicion y una duda. . .	373
» A nuestros queridos colegas de la capital. . .	338	X.—Infancia de Sarah Bernhardt. . .	21
RUIZ CARRUANA, Antonio.—A las nubes (poesía). . .	7	» La Semana Santa de los chinos. . .	77
» Vicente.—Despues de la ausencia (poesía). . .	14	» Aguas. . .	155
RIPOLLÉS, Ramiro.—Valencia-Andalucía (poesía). . .	20	» Napoleon y las mujeres. . .	159
» El castellonero. . .	162 y 177	» Un buen sermon. . .	175
REFORMA AGRÍCOLA.—Consideraciones rurales. . .	78	» Historieta vulgar. . .	214
» Los prados artificiales. . .	327	» Apólogo. . .	273
REIZABAL, F.—La música del porvenir. . .	322	» La vida (poesía). . .	287
SALINAS, G.—El verdadero fin (soneto). . .	7	» El vapor. . .	307
» La fama literaria (poesía). . .	38	» Al caer las hojas. . .	270
» Incredulidad (poesía). . .	50	» Mi ella. . .	315
» El suplicio (poesía). . .	78	VALLEJO, Juan.—Castillos en el aire. . .	279
» A Teresa (soneto). . .	85	VILANOVA, J.—Carta inédita de una monja. . .	247.
» Discurso sobre Cervantes. . .	97,	VOZ DE GUPÚZCOA.—La metamórfosis de los perros en Paris. . .	341
	107, 116 y 124	ZIÑUM.—La doma por medio de la electricidad. . .	352
» La víctima (poesía). . .	141		
» Alacueducto de Segovia (oda). . .	149		
» Contraste (soneto). . .	168		

